

# Nietzsche y los enemigos de la filología

Sergio ANTORANZ

NIETZSCHE, Friedrich: *Obras completas. Volumen II, Escritos filológicos*. Traducción, introducción y notas a cargo de Manuel Barrios, Alejandro Martín, Diego Sánchez Meca, Juan Luis Vermal y Luis E. de Santiago Guervós, Madrid, Tecnos, 2013. 1036 pp.

Los textos que pretendemos comentar, recogidos en este volumen segundo de las *Obras Completas*, han sufrido un transcurso histórico que podríamos calificar como maldito. Se trata de unos textos que fueron aborrecidos desde el ámbito de la filología y de la filosofía. Hoy, tenemos la suerte de poder acceder a este material desenterrado que nos abre una multitud de caminos a través de los que podemos repensar a Nietzsche, ayudándonos así a comprender el resultado de su obra y de nuestro presente.

La colosal traducción de este volumen se la debemos, principalmente, a cuatro profesores que han revitalizado la salud de Nietzsche en España y que han trabajado durante toda su vida académica elevando la calidad interpretativa de este pensador, ofreciendo un importantísimo estímulo a muchísimos investigadores que hoy nos nutrimos de su excelente trabajo. Además de sus reconocidas obras sobre Nietzsche, *La voluntad de poder como amor*, *Nietzsche: la experiencia dionisiaca del mundo*, *Arte y poder. Aproximación a la estética de F. Nietzsche* y *La crítica a la metafísica en Nietzsche*, los profesores M. Barrios Casares, D. Sánchez Meca, L. E. de Santiago Guervós y J. L. Vermal también se han encargado de la traducción

de los Fragmentos Póstumos. Nos gustaría destacar, además de la traducción del presente volumen, la importante notación y los prefacios que contiene cada una de las cinco partes que componen el texto (*Filología, Filosofía, Literatura, Lenguaje y Retórica y Religión*). En este sentido, también nos gustaría destacar la brillante Introducción general que ha realizado el Prof. Sánchez Meca y que ofrece una gran panorámica intelectual e histórica de los años en los que Nietzsche escribió estos escritos. Por otra parte, sería injusto no valorar el trabajo de A. Martín Navarro, que también ha formado parte del cuerpo de traducción y notación de la obra, y de otros muchos especialistas como C. Macías Villalobos, J. Redondo Sánchez, R. Carrión Arias, S. Martínez y E. Salgado que han traducido textos del latín y del griego, además de revisar y corregir el trabajo final.

Posiblemente, el gran olvido de estos *Escritos filológicos* tenga mucho que ver con la crítica que recibió por parte de lo que representaba la filología de su época y que, de algún modo, la filosofía asumió como algo que no merecía la pena ahondar. Este gran olvido estuvo propiciado, en gran medida, por el propio Nietzsche, que encontró la superación del análisis filológico en el desarrollo del método genealógico. Asimismo, si Nietzsche quiso olvidar estos escritos es porque los consideraba bajo la óptica de errores de juventud, deudores de un aroma estrictamente romántico. Si la superación de esta etapa estará asociada a cierto coqueteo positivista (en algunos textos de este volumen encontramos señales de esta tendencia), no obstante, el desarrollo posterior de su obra estará íntimamente ligado a este momento de búsqueda de un equilibrio vital que deberá encarnar la figura del filósofo asociada a la del filólogo. Por ello, nos encontramos ante una valiosísima materia prima, gracias a la cual podemos entender el malestar de Nietzsche con su época desde antes de *El nacimiento de la tragedia* hasta *Humano demasiado humano*. Los textos que aquí se presentan comprenden ese periodo entre ambas obras, momento de titubeos estilísticos, estudio y comentario de obras de las Antigüedad para elaborar la preparación de sus clases, cuestionamiento del estatuto epistemológico de la filología, búsqueda de su propia personalidad como escritor, donde los préstamos, la complicidad y los enfrentamientos con ciertos pensadores, nos ofrece una serie de elementos relevantes con los que podemos reconstruir mejor el camino de su crítica.

Nos encontramos ante una colección de textos inéditos en español que rescatan los llamados *Escritos filológicos* que van desde 1864 hasta 1876. A continuación resumiremos aquellos temas que hemos considerado relevantes a lo largo de la lectura de este volumen.

Por un lado, encontramos un análisis de la historia textual y de los principios de composición en las sentencias de Teognis que realizó en su época de estudiante universitario. En Teognis podemos ver claramente el prelude de su propio estilo: el aforismo epigramático. También encontramos trabajos dedicados a la lírica arcaica como el *Lamento de Dánae* de Simónides; las fuentes para una historia de la filoso-

ña griega a través de los textos de Diógenes Laercio; el tratado sobre Homero y Hesíodo, su género y su certamen; siete recensiones breves y la lección inaugural en la Universidad de Basilea titulada *Homero y la filología clásica*. Pero, sin duda, lo que ocupa la mayor parte de este volumen es la inmensa colección de anotaciones que Nietzsche elaboró para preparar sus clases universitarias desde 1869 hasta 1879 y que le sirvieron para confeccionar las obras que publicó durante este período.

Por otro lado, las lecciones de estos años versarán sobre la filosofía griega preplatónica, introducciones y comentarios a los diálogos platónicos, una introducción a la tragedia de Sófocles (donde Nietzsche destacará la función de lo dionisiaco para la sociedad griega), historia de la literatura griega, gramática, métrica, retórica, historia de la filosofía y de la religión (de especial consonancia será la función que otorgará Nietzsche al mito y que supondrá el cuestionamiento de su propia estrategia crítica). Debemos incluir además las anotaciones que constituyen un material paralelo a las conferencias contenidas en *Sobre el porvenir de nuestras universidades* donde se cuestiona el estatuto metodológico del filólogo.

Asimismo, en todos estos textos filológicos podemos encontrar el profundo trabajo que realizó Nietzsche en relación a la evolución histórica de los manuscritos, el cuestionamiento de las fuentes, la historia de su redacción, la formación de los fragmentos líricos, la naturaleza de los certámenes, el desarrollo de las colecciones de sentencias y el estudio de los filósofos preplatónicos. Cabe destacar la importancia de estos estudios puesto que Nietzsche se convirtió en el primer filólogo que reconoció la importancia de estos filósofos para la génesis del pensamiento Occidental.

Como se puede comprobar, este *Volumen II* abarca más de doce años de escritos prolíficos, por ello, consideramos que la mejor forma de presentarlos es mediante la crítica a los que consideró los enemigos de la filología y de la cultura. Consideramos que bajo este tema podemos agrupar la producción textual de Nietzsche comprendida entre los años señalados, y que dan muestra de un vivo interés por reconocer aquellos elementos que están más allá de los dispositivos del filólogo estatal.

Para demarcarse de las competencias propias del filólogo académico, en su conferencia *Homero y la filología clásica* pronunciada en la Universidad de Basilea en 1869, Nietzsche reconocerá el carácter multidisciplinar que exige la propia filología, que no puede ser ciencia porque no puede acceder a un hecho relevante (los textos están mediados), pero tampoco puede ser una tarea meramente artística puesto que precisa de discurso articulado por la instrumentación del lenguaje. Sin embargo, precisa de la visión intuitiva-instintiva del artista y del compromiso del científico capaz de reconocer la unidad de los fenómenos:

La filología se puede considerar como un poco de historia, un poco de ciencia natural y un poco de estética: historia, en la medida en que quiere comprender, en imágenes siem-

pre nuevas, las manifestaciones de determinadas individualidades populares, captar la ley que domina en el flujo de los fenómenos; ciencia natural, en cuanto que trata de indagar en el instinto más profundo del hombre, el instinto del lenguaje; finalmente estética, porque partiendo del ámbito de lo antiguo, estudia la llamada Antigüedad clásica con la pretensión y la intención de desenterrar un mundo ideal sepultado, y de presentar al mundo actual el espejo de lo clásico, de lo eternamente ejemplar. (p. 220)

La búsqueda de ese ejemplarismo clásico viene dado por las condiciones propias que imponía el gusto del neohumanismo alemán, con todo su ejército de filólogos impuestos bajo un modelo universitario y estatal propuesto bajo las directrices de Humboldt. Nietzsche se había educado junto a estos educadores que buscaban en los textos clásicos los tesoros morales que proporcionarían al hombre el modelo de humanidad. El positivismo, tras el éxito de la revolución científica y el poder de dominio a través de las ciencias físico-matemáticas, propugnaba el júbilo del método y los filólogos, contagiados por este júbilo de dominio garantizado, tomaban el texto como acceso a la cosa en sí, capaz de aproximar las leyes de la excelencia humana a los universitarios a la sociedad del siglo XIX.

Sin embargo, la visión de este ejemplarismo moral aparece contaminada por agentes externos a la Antigüedad. En sus años como estudiante de filología clásica, lo primero que pareció sorprender a Nietzsche es lo siguiente: en las consideradas obras fuente se hallaban las impurezas de un tipo de valoración que no correspondía al propio estilo de la época. Así, muchas de las obras clásicas llegaban filtradas desde la mirada del alejandrino y del cristianismo. Del primero llegaban los sedimentos de un tipo de interpretación que correspondía en gran medida al optimismo racional socrático. De la recepción del segundo, el hombre griego aparecía angelizado y librado de las costumbres que atentaban contra el refinamiento de las costumbres cristianas. En este sentido, el neohumanismo alemán había ensalzado un tipo de humanidad en la que faltaban muchos rasgos humanos.

El que posee la segunda inclinación (refiriéndose a la afición por la Antigüedad) deberá tener un sentimiento muy profundo de la barbarie de los no helenos, y esto aparece muy rara vez en el momento oportuno (p. 297)

Nietzsche vio en los griegos antiguos otro modo de abordar la existencia, algo así como *sufro, luego creo, creo luego la vida se vuelve soportable*. Bajo esta intuición se abren las puertas de la percepción para saborear, no sólo el destino trágico del hombre, sino todos los componentes de la civilización griega que están más allá del saber especializado del filólogo, que opera sólo mediante la cirugía de los conceptos. Es preciso dar el salto de las ideas al cuerpo, operar con vísceras y no con espectros, apreciar en la máscara de lo bello el rostro de un secreto horrible. Pero esta aproximación no es suficiente, por ello, Nietzsche no ignora la necesidad de

una ciencia filológica como condición de posibilidad para adentrarse en la Antigüedad, es preciso conocer las leyes gramaticales, semánticas, lingüísticas, aunar los fenómenos entendidos dentro de una colectividad, etc. Pero si el conocimiento científico resulta ser la mano que abre el gozne de la puerta, el impulso para empujarla y entrar viene de otro lugar, de una intención e intuición que la academia, lejos de proporcionar, ignora, rechaza y teme. Aquí encontramos la extraña sinergia entre el saber del especialista y la necesidad de conocer y usar correctamente sus herramientas (incluso la capacidad para deshacerse de ellas y buscar otras nuevas), frente a la intuición que puede brindar el reflejo que el arte establece sobre las formas de vida, o dicho de otro modo, la concepción filosófica que la Antigüedad tenía sobre su propio mundo. Pero el peligro del especialista es caer en un tipo de erudición inerte para la vida, incapaz de reconocer la pluralidad de los fenómenos humanos y cómo estos representan similitudes con nuestro propio presente.

En este sentido, Nietzsche vio en Leopardi y en Goethe a los auténticos filólogos porque éstos conocen los conceptos desde el alcance de la poesía. El alcance vital de un texto no puede expresarse en su magnitud por medio de un bucle de conceptos analíticos encadenados bajo una hipótesis histórica, es preciso dar el salto a la metáfora para comprender algo más importante que el texto: la vida que refleja. Si el concepto es un ejercicio estático del cuerpo mientras la razón especula, la metáfora requiere demasiada vida para asomarse a la intuición que encierra. Esta es la antinomia que los griegos supieron representar mediante la representación de sus dos divinidades: Apolo y Dionisio; y que la historia moral de Occidente ha ocultado.

Pero, ¿cómo un educador estatal puede expresar el carácter trágico de la lucha en las formas artísticas del periodo ático? Estos hombres de pizarra y escritorio, aislados del mundo exterior y del resto de los saberes, pacíficos por principio, puesto que viven de la manutención del Estado, caen bajo las redes de un tipo de burguesía acomodaticia y filistea. Bajo estas condiciones donde se asienta el cuerpo es difícil reconocer un tipo de voluntad que esté a la altura de reconocer la complejidad del mundo griego, más allá de los dispositivos que otorga la filología como ciencia que opera con palabras. Este tipo de profesor, que depende materialmente de la gentileza del Estado, interpretará los textos de acuerdo a los gustos propios de la burguesía a la que enseña. En este sentido, Nietzsche ve en el proyecto humboldtiano de unificar Estado y academia el mismo peligro que corrían los poetas bajo la República platónica.

Bajo la máscara de la verdad no se permiten los responsables del valor, este es el gran peligro de las universidades. Es mucho más cómodo enseñar *he aquí la verdad*, que manifestar: *he aquí yo mismo y mi cultura ante los griegos*. En la primera forma de aseverar no hay sujeto imputable. Este es el buen gusto y el sentido común propio de los eruditos:

La lengua no debe ser, sin embargo, más que un medio para la lectura y no quedar transformada en un fin en sí misma, como sucede habitualmente desde el punto de vista erudito. Nuestros centros de enseñanza secundaria tienden a formar eruditos debido a sus docentes eruditos. (p. 298)

Sin embargo, Nietzsche atenta contra este buen proceder al afirmar que lo importante de los textos de la Antigüedad es cómo nos reflejamos en ellos, se trata de un acto de amor hacia nuestra propia existencia. Querer conocer otro tiempo nace del interés por saber cómo se ha llegado a ser lo que hoy somos y en esta actitud radica el amor hacia la vida. De lo contrario, el especialista en textos antiguos se parece mucho al sacerdote o al cura, esto es, el filólogo traduce textos con los que no que no tiene ningún tipo de sintonía vital, traduce lo que nunca ha vivido o intuido, del mismo modo que el cura une en sagrado matrimonio y habla sobre el amor cuando nunca lo ha experimentado. Respecto a la vocación del docente, como actitud de amor hacia la transmisión de formas de vida que complementarían nuestro propio deambular por el mundo, Nietzsche afirma lo siguiente:

Lo más importante (y lo más difícil) consiste en dejarse penetrar por la Antigüedad con amor y experimentar su diferencia con ella. (p. 299)

Precisamente, el problema radica en esta carencia de amor hacia el conocimiento, en el impulso despersonalizado que impone la ola cientificista como garante de certeza. Por ello, Nietzsche atacará el sueño científico de la filología descubriendo la contradicción que su propia raíz oculta, es decir, para conocer los fenómenos del pasado, los textos por sí mismos se presentan como insuficientes, es preciso añadir algo que ofrezca sentido, es decir, *recrear* las condiciones de los fenómenos que investiga, y en esta actitud hay un elemento creativo. Por lo tanto, la filología no puede ser una ciencia estricta porque especula sobre las motivaciones y el origen de otras vidas. De este modo, al emprender sus estudios de retórica, Nietzsche encontrará uno de los ataques más fuertes contra los cimientos propios de la filología como ciencia, y contra la ciencia en general. Así, el Prof. Sánchez Meca señala en la introducción de este volumen:

También el saber científico está configurado por metáforas, antropomorfismos y transposiciones arbitrarias. Todo lenguaje es de naturaleza retórica, figurada, y no existe ningún lenguaje como reflejo adecuado a la estructura del mundo. La única diferencia real entre las metáforas artísticas, libremente construidas, y el lenguaje científico, rígidamente codificado, es de naturaleza moral. (p. 55)

Como síntesis entre el positivismo y el arte, Nietzsche encontrará en el filósofo preplatónico el modelo capaz de hacer frente al ansia cientificista sin renunciar a los

beneficios que puede ofrecer la ciencia. Esto es, el arte provee el reflejo de lo vivido como imagen capaz de estimular intuiciones sobre formas de vida, y la fuerza ejecutora del aparato científico es capaz de contrarrestar el dominio de la religión. Los filósofos preplatónicos habían sido ignorados por la tradición al ser considerados la infancia de la humanidad y, por lo tanto, sólo en ellos podría encontrarse los balbuceos de una razón que, al estar emparentada con el mito, aún no había hallado el camino hacia la verdad. Nietzsche se servirá de los filósofos preplatónicos como modelo homeostático que regularía el malestar del presente al unificar mito y razón, creatividad y crítica. Esto es, en la inocencia de estos pensadores, Nietzsche encontrará el equilibrio de la actitud del filólogo, entre la fuerza creativa del mito y la razón que lucha contra la absolutización de las costumbres. Dionisio contra el cientificismo y Apolo contra la religión. En los años posteriores a la publicación de *El nacimiento de la tragedia* y como fruto de esta preocupación, Nietzsche intentará escribir *El libro del filósofo* como búsqueda del equilibrio capaz de regular la actividad del arte de acuerdo a la cohesión social que supone el acuerdo científico.

En este sentido, los filósofos preplatónicos suponen el primer ejercicio de lucha racional contra el poder absolutizador de la religión, sin embargo, en ellos no existe el rechazo total hacia el mito que si se da en Demócrito y en Sócrates. Estos últimos serán los auténticos asesinos del pensar mítico-poético e impondrán la fuerza analítica del concepto como único modelo de verdad. El optimismo racional subvencionará este modelo donde el imperativo *divide y vencerás* se convertirá en única posibilidad para elaborar una teoría de la verdad. En la unidad, en lo indivisible se encuentra la esencia. Esta individualización del pensar confinado al análisis, Nietzsche lo relacionará con la individualización y la especialización del filólogo en la modernidad.

En conclusión, Nietzsche propondrá un modelo de filología que, rastreando las condiciones de vida del pasado, logre ofrecer una hermeneútica del presente, que no puede consolarse en el absolutismo de desplegar el ser, ni acceder a las formas puras del pasado como lugar de consuelo. Así es, Nietzsche verá en la institucionalización del filólogo como sacerdote del conocimiento, un modelo que debe ser superado puesto que supone una forma de conocimiento convaleciente, caracterizada por la erudición monopolizadora de sentido y la formación de estudiantes que ven en la Antigüedad formas idealizadas de lo que se ha considerado el modelo de lo que debe ser el hombre. Es decir, los filólogos contribuyen moralmente en la formación de personalidades. Además, esta nueva *valoración* demuestra que la filología, lejos de presentarse como instrumento estrictamente científico, selecciona intencionadamente aquellos elementos que le sirven para consolidar un tipo de ideal, rechazando aquellos que no son capaces de integrarse bajo el canon (cuando Nietzsche está elaborando las anotaciones sobre la tragedia ática, uno de los primeros aspectos que le llaman la atención es como la tradición había ignorado la figura de lo dionisiaco).

Esto es, en estos *Escritos filológicos* Nietzsche ofrece una contrahistoria que sea capaz de recolectar aquellos elementos que no servían a la interpretación oficial, porque incomodaban el interés por el producto final que se esperaba tras la búsqueda. En otras palabras, los filólogos sólo han dicho sobre el pasado aquello que puede decirse dentro de su propia época. Lo interesante es ahondar en los elementos diferenciales que ponen en cuestión nuestra propia forma de valorar.

Sergio Antoranz  
antoranz\_serjio@hotmail.com